

De la muerte. ¡Qué destino  
Como el suyo miserable!  
Si en aquel instante vino,  
La memoria perdurable  
De la pasada ventura,  
Á turbar su fantasía,  
¡Cuán amarga les sería!  
¡Cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso  
En el lodo pegajoso  
Penetraron, ya cayendo,  
Ya levantando, ó subiendo  
El pie flaco y dolorido;  
Y sobre un flotante nido  
De yajá (columna bella,  
Que entre la paja descuella,  
Como edificio construido  
Por mano hábil) se sentaron  
Á descansar ó morir.  
Súbito allí desmayaron  
Los espíritus vitales  
De Brián á tanto sufrir;  
Y en los brazos de María,  
Que inmóvil permanecía,  
Cayó muerto al parecer.  
¡Cómo palabras mortales  
Pintar al vivo podrían  
El desaliento y angustias,  
Ó las imágenes mustias  
Que el alma atravesarían  
De aquella infeliz mujer!  
Flor hermosa y delicada,  
Perseguida y conculcada  
Por cuantos males tiranos  
Dió en herencia á los humanos  
Inexorable poder.

Pero á cada golpe injusto

Retoñece más robusto  
De su noble alma el valor;  
Y otra vez con paso fuerte,  
Huella el fango do la muerte  
Disputa un resto de vida  
Á indefensos animales;  
Y rompiendo enfurecida  
Los espesos matorrales,  
Camina á un sordo rumor  
Que oye próximo, y mirando  
El hondo cauce anchuroso  
De un arroyo que copioso  
Entre la paja corría,  
Se volvió atrás, exclamando  
Arrobada de alegría:  
— ¡Gracias te doy, Dios supremo!  
Brián se salva, nada temo—

\* Pronto llega al alto nido  
Donde yace su querido;  
Sobre sus hombros le carga,  
Y con vigor desmedido  
Lleva, lleva á paso lento,  
Al puerto de salvamento  
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa  
El inmoble cuerpo posa,  
Y los labios, frente y cara  
En el agua fresca y clara  
Le embebe; su aliento aspira,  
Por ver si vivo respira;  
Trémula su pecho toca;  
Y otra vez sienes y boca  
Le empapa: en sus ojos vivos,  
Y en su semblante animado,  
Los matices fugitivos  
De la apasionada guerra  
Que su corazón encierra,

Se muestran. Brián recobrado  
Se mueve, incorpora, alienta,  
Y débil mirada lenta  
Clava en la hermosa María,  
Diciéndola:—Amada mía,  
Pensé no volver á verte,  
Y que este sueño sería  
Como el sueño de la muerte;  
Pero tú, siempre velando,  
Mi vivir sustentas, cuando  
Yo en nada puedo valerte  
Sino doblar la amargura  
De tu extraña desventura.  
—Que vivas tan sólo quiero,  
Porque si mueres, yo muero;  
Brián mío, alienta, triunfamos;  
En salvo y libres estamos;  
No te aflijas. Bebe, bebe  
Esta agua, cuyo frescor  
El extenuado vigor  
Volverá á tu cuerpo en breve,  
Y esperemos con valor  
De Dios el fin que imploramos.—

Dijo así, y en la corriente  
Recoge agua, y diligente  
De sus miembros con esmero  
Se aplica á lavar primero  
Las dolorosas heridas,  
Las hondas llagas hinchidas  
De negra sangre cuajada,  
Y á sus inflamados piés  
El lodo impuro; y después  
Con su mano delicada  
Las venda. Brián silencioso  
Sufre el dolor con firmeza;  
Pero siente á la flaqueza  
Rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento  
Corre á buscar; y un momento,  
Sin duda el cielo piadoso,  
De aquellos tiernos amantes,  
Infortunados y errantes,  
Quiso aliviar el tormento.

SEXTA PARTE.

La espera.

Triste, oscura, encapotada  
Llegó la noche esperada,  
La noche que ser debiera  
Su grata y fiel compañera;  
Y en el vasto pajonal  
Permanecen inactivos  
Los amantes fugitivos.  
Su astro, al parecer, declina,  
Como la luz vespertina  
Entre sombra funeral.

Brián, por el dolor vencido,  
Al margen yace tendido  
Del arroyo; probó en vano  
El paso firme y lozano  
De su querida seguir;  
Sus plantas desfallecieron,  
Y sus heridas vertieron  
Sangre otra vez. Sintió entonces  
Como una mano de bronce  
Por sus miembros discurrir.

María espera á su lado,  
Con corazón agitado,  
Que amanecerá otra aurora  
Más bella y consoladora;  
El amor le inspira fe

En destino más propicio,  
Y le oculta el precipicio  
Cuya idea sólo pasma :  
El descarnado fantasma  
De la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina,  
Ciega pasión la fascina ;  
Mostrando á su alma el trofeo  
De su impetuoso deseo  
La dice: tú triunfarás.  
Ella infunde á su flaqueza  
Constancia allí y fortaleza ;  
Ella su hambre, su fatiga  
Y sus angustias mitiga,  
Para devorarla más.

Sin el amor que en sí entraña,  
¿Qué sería? Frágil caña  
Que el más leve impulso quiebra,  
Sér delicado, fina hebra,  
Sensible y flaca mujer.  
Con él es ente divino  
Que pone á raya el destino,  
Angel poderoso y tierno  
Á quién no haría el infierno  
Vacilar ni estremecer.

De su querido no advierte  
El mortal abatimiento,  
Ni cree se atreva la muerte  
Á sofocar el aliento  
Que hace vivir á los dos ;  
Porque de su llama intensa  
Es la vida tan inmensa,  
Que á la muerte vencería  
Y en sí eficacia tendría  
Para animar como Dios.

El amor es fe inspirada,  
Es religión arraigada  
En lo íntimo de la vida.  
Fuente inagotable henchida  
De esperanza; su anhelar  
No halla obstáculo invencible  
Hasta conseguir victoria ;  
Si se estrella en lo imposible ,  
Gozoso vuela á la gloria  
Su heroica palma á buscar.

María no desespera,  
Porque su ahinco procura  
Para lo que ama ventura,  
Y al infortunio supera  
Su imperiosa voluntad.  
—Mañana— el grito constante  
De su corazón amante  
La dice:— mañana el cielo  
Hará cesar vuestro duelo,  
La nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto,  
Camina en densa tiniebla,  
Y en el abismo de espanto  
Que aquellos páramos puebla,  
Ambos perdidos se ven.  
Parda, rojiza, radiosa,  
Una faja luminosa  
Forma horizonte no lejos ;  
Sus amarillos reflejos  
En lo oscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,  
Y que con el viento crece,  
Se encrespa, aviva y derrama  
El resplandor y la llama  
En el mar de lobreguez.  
Aquel fuego colorado,

En tinieblas engolfado,  
Cuyo esplendor vaga horrendo,  
Era trasunto estupendo  
De la inferna terriblez.

Brián, recostado en la yerba  
Como ajeno de sentido,  
Nada ve: ella un rüido  
Oye; pero sólo observa  
La negra desolación,  
Ó las sombrías visiones  
Que engendran las turbaciones  
De su espíritu. ¡Cuán larga  
Aquella noche y amarga  
Sería á su corazón!

Miró á su amante. Espantoso,  
Un bramido cavernoso  
La hizo temblar, resonando:  
Era el tigre que buscando  
Pasto á su saña feroz  
En los densos matorrales,  
Nuevos presagios fatales  
Al infortunio traía.  
En silencio, echó María  
Mano á su puñal veloz.

#### SÉPTIMA PARTE.

##### La quemazón.

El aire estaba inflamado,  
Turbia la región suprema,  
Envuelto el campo en vapor;  
Rojo el sol, y coronado  
De parda oscura diadema,  
Amarillo resplandor  
En la atmósfera esparcía;

El bruto, el pájaro huía,  
Y agua la tierra pedía  
Sedienta y llena de ardor.

Soplando á veces el viento  
Limpiaba los horizontes,  
Y de la tierra brotar  
De humo rojo y ceniciento  
Se veían como montes;  
Y en la llanura ondear,  
Formando espiras doradas,  
Como lenguas inflamadas,  
Ó melenas encrespadas  
De ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas  
Por la esfera dilataban,  
Como cuando hay tempestad,  
Sus negras alas inmensas;  
Y más, y más aumentaban  
El pavor y oscuridad.  
El cielo entenebrecido,  
El aire, el humo encendido,  
Eran con el sordo rüido,  
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos  
Contempla asombrado  
Los turbios reflejos;  
Del día enlutado  
La ceñuda faz.  
El humilde llora,  
El piadoso implora;  
Se turba y azora  
La malicia audaz.  
Quién cree ser indicio  
Fatal, estupendo  
Del día del juicio,  
Del día tremendo

Que anunciado está.  
Quién piensa que al mundo,  
Sumido en lo inmundo,  
El cielo iracundo  
Pone á prueba ya.

Era la plaga que cría  
La devorante sequía  
Para estrago y confusión  
De la chispa de una hoguera,  
Que llevó el viento ligera,  
Nació grande, cundió fiera  
La terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos  
Relucen, chispean ;  
En rubios manojos  
Sus crines ondean  
Flameando también:  
La tierra gimiendo,  
Los brutos rugiendo,  
Los hombres huyendo,  
Confusos la ven.  
Sutil se difunde,  
Camina, se mueve,  
Penetra, se infunde;  
Cuanto toca, en breve  
Reduce á tizón.  
Ella era, y pastales,  
Densos pajonales,  
Cardos y animales  
Ceniza, humo son.  
Raudal vomitando,  
Venía de llama,  
Que hirviendo, silbando,  
Se enrosca y derrama  
Con velocidad.  
Sentada María  
Con su Brián la vía:

— ¡ Dios mío! — decía, —  
De nós ten piedad. —

Piedad María imploraba,  
Y piedad necesitaba  
De potencia celestial.  
Brián caminar no podía,  
Y la quemazón cundía  
Por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,  
Como culebra serpeando,  
Velozmente caminó ;  
Y agitando, desbocada,  
Su crin de fuego erizada  
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles  
De animales y reptiles  
Quema el fuego vencedor,  
Que el viento iracundo atiza ;  
Vuelan el humo y ceniza,  
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,  
Los cautivos desdichados,  
Con despavoridos ojos,  
Están, su hervidero oyendo,  
Y las llamaradas viendo  
Subir en penachos rojos.

No hay cómo huir, no hay efugio,  
Esperanza ni refugio ;  
¿ Dónde auxilio encontrarán ?  
Postrado Brián yace inmoble  
Como el orgulloso roble  
Que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.

Detrás arroyo profundo  
Ancho se extiende, y delante,  
Formidable y horroroso,  
Alza la cresta furioso  
Mar de fuego devorante.

—Huye presto,— Brián decía  
Con voz débil á María —  
Déjame solo morir ;  
Este lugar es un horno :  
Huye ¿no miras en torno  
Vapor cárdeno subir?—

Ella calla, ó le responde :  
—Dios, largo tiempo, no esconde  
Su divina protección.  
¿ Crees tú nos haya olvidado?  
Salvar tu vida ha jurado  
Ó morir, mi corazón.—

Pero del cielo era juicio  
Que en tan horrendo suplicio  
No debían perecer :  
Y que otra vez de la muerte  
Inexorable, amor fuerte  
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora :  
De la pasión que atesora  
El espíritu inmortal  
Brotó, en su faz la belleza  
Estampando y fortaleza  
De criatura celestial,

No sujeta á ley humana ;  
Y como cosa liviana  
Carga el cuerpo amortecido  
De su amante, y con él junto,

Sin cejar, se arroja al punto  
En el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente  
Surca la mansa corriente  
Con el tesoro de amor ;  
Semejante á ondina bella  
Su cuerpo airoso descuella,  
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,  
Sobre sus hombros nevados  
Suelos, reluciendo van ;  
Boga con un brazo lenta,  
Y con el otro sustenta  
Á flor, el cuerpo de Brián.

Aran la corriente unidos  
Como dos cisnes queridos,  
Que huyen de águila crüel,  
Cuya garra, siempre lista,  
Desde la nube se alista  
Á separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana  
En perseguirlos. Ufana  
En la orilla opuesta el pie  
Pone María triunfante,  
Y otra vez libre á su amante  
De horrenda agonía ve.

¡ Oh del amor maravilla !  
En sus bellos ojos brota  
Del corazón, gota á gota,  
El tesoro sin mancilla,  
Celeste, inefable unción ;  
Sale en lágrimas deshecho,  
Su heroico amor satisfecho,  
Y su formidable cresta

Sacude, enrosca y enhiesta  
La terrible quemazón.

Calmó después el violento  
Soplar del airado viento :  
El fuego á paso más lento  
Surcó por el pajonal  
Sin topar ningún escollo ;  
Y á la orilla del arroyo  
Á morir al cabo vino,  
Dejando, en su ancho camino,  
Negra y profunda señal.

OCTAVA PARTE.

Brián.

Pasó aquél, llegó otro día  
Triste, ardiente, y todavía  
Desamparados como antes,  
Á los míseros amantes  
Encontró en el pajonal.  
Brián sobre pajizo lecho  
Inmóvil está, y en su pecho  
Arde fuego inextinguible;  
Brotó en su rostro visible  
Abatimiento mortal.

Abrumados y rendidos  
Sus ojos, como adormidos,  
La luz esquivan, ó abortos  
En los pálidos abortos  
De la conciencia (legión  
Que atribula al moribundo),  
Verán formas de otro mundo ;  
Imágenes fugitivas,  
Ó las claridades vivas,  
De fantástica región.

Triste á su lado María  
Revuelve en la fantasía  
Mil contrarios pensamientos,  
Y horribles presentimientos  
La vienen allí á asaltar;  
Espectros que engendra el alma,  
Cuando el ciego desvarió  
De las pasiones se calma,  
Y perdida en el vacío  
Se recoge á meditar.

Allí, frágil navecilla  
En mar sin fondo ni orilla,  
Do nunca ríe bonanza  
Se encuentra, sin esperanza  
De poder al fin surgir.  
Allí vé su afán perdido  
Por salvar á su querido ;  
Y cuán lejano y nubloso  
El horizonte radioso  
Está de su porvenir.

¡ Cuán largo, incierto camino  
La desdicha le previno !  
¡ Cuán triste peregrinaje !  
Allí ve de aquel paraje  
La yerta inmovilidad.  
Allí ya del desaliento  
Sufre el pausado tormento,  
Y abrumada de tristeza,  
Al cabo á sentir empieza  
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,  
Y al aspecto de su amante  
Desfallece su heroísmo ;  
La vuelve, y hórrido abismo  
Mira atónita detrás.  
Allí apura la agonía